

LA JUVENTUD EUROPEA A LO LARGO DE CUARENTA AÑOS

José Luis L. Aranguren

Si después de leer o releer *La juventud europea* se tiene y mantiene presente que el libro al que ese trabajo da título fue publicado en 1961, que antes había aparecido en un número monográfico dedicado a Europa por la «Revista de la Universidad de Madrid», y que, naturalmente, antes de ser escrito hubo de ser pensado volviendo la vista hacia el pasado inmediato, se comprenderá por qué no encuentre que haya de rectificar nada de él. La juventud a la que me refiero es, obviamente, la del período 1945-1960 y ninguna otra, la directamente condicionada por la guerra mundial y por su final como el «acontecimiento generacional». Para ella vale lo que en el estudio se dice, y no, ciertamente, para la juventud siguiente, la de los años sesenta. Ahora bien, desde su primera página se llama la atención sobre la «novedad» de esta «presencia» de la juventud y sobre la «preocupación» de los adultos de entonces por ella. Sobre ambos puntos quisiera decir aquí unas palabras, antes de entrar en la diferenciación de las generaciones posteriores con respecto a esa juventud de los años 1945 a 1960.

Esa época fue precisamente la de la «invención» de la juventud como colectivo dotado de sustantividad propia: hasta entonces había habido «jóvenes», pero no «juventud». De la frustración del final de la guerra y de la voluntad de reconstrucción de la convivencia sobre sobrios y sólidos cimientos, había emergido aquella juventud con tal «fuerza creadora» que se estaba convirtiendo en referencia, modelo y hasta «moda» para las demás edades. Es lo que llamé «juvenilización general de la sociedad». Es verdad

que en la anteguerra se había movilizado ya a los jóvenes como «milicias» o «juventudes» de los partidos socialistas-comunistas y fascistas, y que las marchas musicales paramilitares de estos últimos exaltaban a la juventud; pero en la realidad este enardecimiento servía al propósito de encuadrar a los jóvenes, como fuerzas de choque, en la literal acepción de la expresión, en la primera línea de los correspondientes partidos, dirigidos, desde luego, por los adultos. También es cierto que, anteriormente, desde el Romanticismo hasta la *Jugendbewegung*, grupos muy minoritarios de jóvenes, que no pretendían representar globalmente, ni mucho menos, a la juventud, se manifestaron literaria, estética y hasta socialmente, en tanto que jóvenes. Pero justamente por esa limitación de su representatividad e intención, no fueron objeto de preocupación, para los adultos, en tanto que «clase» o casi tal.

La juventud, al estar ya «ahí», como modo colectivo de ser, se convirtió así en objeto de preocupación y reflexión por parte de los adultos. Pero todavía no más que eso. Faltaban muchos años para que se cerniera, así, para muchos, hoy, como amenaza y peligro o, cuando menos, muy distanciadamente. Tampoco era ella, todavía, plenamente consciente de encarnar, tal como yo escribí, «el empuje de la historia». A esa conciencia había de llegar en el período siguiente, el de los años sesenta, el de su autoinvestidura como sujeto activo de la «revolución cultural» que había de culminar —y fracasar— en mayo de 1968 en París.

¿Cuáles son las etapas recorridas por la juventud desde esta primera, la que yo estudié, la de la autoafirmación de la juventud, y las ulteriores? Yo respondería, al precio de una simplificación, que las tres siguientes: juventud de los años sesenta, juventud de los años setenta y juventud de los años ochenta.

La primera, la de los años sesenta, se opuso, acabó oponiéndose frontalmente a la por mí estudiada, con la que, sin embargo, empalmó de algún modo, a través de sus *outsiders*, a través de esa «minoría inconformista» considerada al final del trabajo y, en especial, a través de la *Beat Generation* americana, la de los «poetas gritando en el desierto, contra una civilización absurda». Pues la verdad es que esta juventud surgió en los Estados Unidos, y su disparador fue la «absurda» guerra del Vietnam. La nueva juventud opuso al sentido sobrio, realista, positivo, escéptico de la anterior, su paradójico «realismo» de pedir lo imposible, su entusiasmo, su entrega apasionada a la imaginación, su fe; al refugio en la privatización de la existencia, su voluntad de transformar la vida pública y social; a la democracia «apática» que aconsejaban los politólogos de la época, y, en definitiva, meramente formal, la democracia total y real, de oposición global al sistema, a través de lo que por entonces se llamó la «contestación»; y, en fin, a los intentos

anteriores de reforma sectorial del régimen establecido, la «Revolución cultural» (con mayúscula inicial), la «contracultura» y el estilo *hippy* de vida. Los jóvenes de los años 1945-1960 repudiaron —decía yo en mi ensayo— las virtudes «místicas» de la *Gemeinschaft*. Los jóvenes de los años sesenta quisieron darse una forma minicomunitaria de vida, la «comuna». La escueta, analítica, sobria filosofía lingüística pareció corresponder, como intenté mostrar en mi librito *Implicaciones de la filosofía en la vida contemporánea*, al estado de ánimo de la juventud que yo estudié. Por el contrario, la subsiguiente encontró sus mentores en los maestros de la escuela de Francfort y, especialmente, en Herbert Marcuse.

Tras la explosión y la caída de Mayo del 68, la nueva juventud —juventud de los años setenta— cambió de actitud, pero todavía no radicalmente. Comprendió, o creyó comprender, que las cosas no pueden cambiar de golpe y «de arriba a abajo», sino poco a poco y «de abajo a arriba». Comprendió, o creyó comprender, que no cambiarán a través de una Revolución con mayúscula, sino de la revolución con minúscula de cada día, la «revolución de la vida cotidiana», que había de socavar los cimientos de la sociedad establecida y acabar por desmoronarla.

La «vida cotidiana» cobró, pues, para los jóvenes de los años setenta, una significación, sin merma de su valor intrínseco, mediatamente trascendente. De ahí que su descubrimiento no constituyera un «regreso» a la vida privada y su autosuficiencia, como ocurrió a los jóvenes de los años cincuenta. Esta dimensión trascendente de la cotidianidad llevó a vivir de un modo radical las relaciones humanas, el sexo y el grupo, y a un distanciamiento o más bien ruptura —el llamado *generation gap*— con respecto a los mayores, la familia y, en general, las instituciones establecidas. Tampoco el trabajo profesional, por «interesante» que pudiera parecer, era capaz ya de calmar la paciente-impaciente espera de un cambio que no acababa de llegar y que, finalmente, produjo el «desencanto» de esta juventud. Pero con él se produjo el tránsito a la nueva actitud, la de los años ochenta, la actual.

La juventud actual, en contraste con la de los años sesenta y, residualmente, también con la de los años setenta, no cree poder influir realmente en las decisiones políticas, que se toman en Washington o en Moscú, es decir, muy lejos, y de ahí su desinterés por la política activa, la política de los políticos y la democracia de los partidos y los parlamentos. Pero esto no les hace incurrir en conformismo sino en sentimiento de impotencia, y lo que es característica de una parte, al menos, de esta juventud, a semejanza —remota, es claro— a lo que ocurrió durante la guerra mundial en los países ocupados por los alemanes, los mueve a una «resistencia» a lo que, dictado por USA, se ejecuta por los respectivos gobiernos estatales;

resistencia que cobra la forma, tan actual, de los llamados «movimientos» (por la paz y el desarme, ecologistas o «verdes», etc.). La conciencia, muy viva, de dependencia, hace que el *pathos* nacionalista sólo excepcionalmente se dé en los jóvenes de hoy, que el macronacionalismo del Estado nacional haya sido reemplazado por el micronacionalismo de los asuntos interiores, localmente resolubles, del que me he ocupado en otras ocasiones, y que movimientos como ETA o IRA parezcan hoy, pese a su extrema virulencia, más bien anacrónicos.

Acabo de referirme a la actitud «resistente» de una parte de la juventud. A otra, el paro la está llevando a la marginación y al sinsentido de su existencia, a la drogadicción y a la extensión de la delincuencia juvenil. Es la generalización y radicalización de aquella reacción minoritaria representada por los *teddy boys* o los *blousons noirs*, a la que hacía alusión al final de mi viejo ensayo. Sólo que aquella reacción lo era al aburrimento de unos cuantos «marginales», y ésta a la desesperanza de un número muy considerable, y cada vez mayor, de «marginados». Decía allí y repito aquí que no podemos aceptar esta situación ni, menos aún que entonces, desecharnos a estos jóvenes, de cuya suerte es responsable la sociedad entera. La existencia, más bien pasiva, de esta fracción actual de la juventud debe repercutir —es decir, golpear— en nuestra conciencia moral, así como la resistencia activa de aquella otra fracción, debe encontrar eco en nuestra propia actitud con respecto a un funcionamiento de la política que no es de día en día más ajeno y está cada día más alejado de una democracia realmente participatoria. Porque como venía a decir, en definitiva, al final del ensayo que ahora comento y prolongo, la juventud retrata siempre, con trazos fuertes, a la sociedad global, la cual, por su parte, no siempre gusta de verse así retratada.

Y termino ya. Sólo por vía de mera indicación he prolongado, en muy rápida visión, la evolución de la juventud europea, a partir de los años cincuenta. Con ello me he propuesto, únicamente, subrayar la importancia de la periodización de su estudio y la muy consciente limitación temporal del trabajo que ha suscitado el presente comentario.